

Matías Serra Bradford

Nunca una vida sola

y otras persecuciones biográficas

bulk
editores



Nube Negra
Paradoxa

Serra Bradford, Matías

Nunca una vida sola y otras persecuciones biográficas / Matías Serra Bradford – 1a. ed. – Rosario • Santiago de Chile: Nube Negra Ediciones • Bulk editores, 2020.

222 p.; 22 x 14 cm. – (Paradoxa)

ISBN: 978-956-6162-11-7

1. Ensayos argentinos. 2. Literatura. I. Título.

CDD 864

© 2023, Matías Serra Bradford

© 2023, Nube Negra • Bulk editores

Primera edición: septiembre de 2023

Nube Negra • Rosario, Argentina
nubenegraediciones@gmail.com

Bulk editores • Ñuñoa, Santiago de Chile
bulkeditores@gmail.com

Colección Paradoxa
Dirigida por Alberto Giordano

Edición: Nora Avaro
Diseño original: Estudio Cosgaya

ISBN: 978-956-6162-11-7

Todos los derechos reservados.

Notas al vuelo sobre biografía

I.

Todos tenemos una vida, o algo parecido, pero muy pocos saben —son contados, precisamente— que tendrán biografía. Lo que casi todos tenemos aseguradas son patografías, como llamaba Freud a sus casos de estudio. En el triángulo que reúne una vida escrita, un sujeto biografiado, un biógrafo y un lector gozaron durante años de al menos cinco cambios de humor por día, pero ni el segundo ni el tercero tendrán biografía, solo el escritor cuya vida se descontará del olvido. Quizá por eso el lector se embarca en modos modestos de autobiografía: notas, cartas, críticas y conversaciones sobre lo leído. Por eso el biógrafo se embarca en otra vida, tal vez para sorprender a la suya por la espalda.

II

Quizá gracias a un par de fotos, la del biógrafo y el biografiado, se pueden trazar dos polos: la idealización biográfica y —o versus— la imparcialidad del biógrafo. Entre uno y otro se tensa el interlineado de una biografía: la calibración de distancia y el grado en que lo no averiguado o lo silenciado quedan entrelíneas.

III

Es curioso que en algunos ensayos o narraciones biográficas casi no aparezca el período más vulnerable: la infancia. Difícil no simpatizar con la parte inicial de cualquier biografía, la dedicada a los primeros años, pero ¿empezamos leyendo siempre por ahí? Cerrarle la puerta en la cara a una persona que acaba de

morir, en la última página, no parece cordial. Parece más amable leer una biografía al revés, de atrás para adelante. Rebobinar: ir devolviendo al sujeto, por decirlo así, a la vida. Por supuesto que hay ciertas vidas que no pueden leerse de otro modo que no sea cronológico, si se tiene la superstición de que solo así el lector podrá percibir cómo se forjó un nombre cuyas migas va recogiendo en ese bosque emborronado, para poder regresar (al autor retratado, a sí mismo).

IV.

Una biografía no es para impacientes, en el caso de quien la escribe y de quien la lee. Exige entregarse a la duración, confiar en los trayectos. Si se la lee a los saltos es el propio lector el que ejerce de montajista aficionado, para a la vez huir y resolver el problema de la impaciencia. Lo omitido es central tanto en la tradicional biografía anglosajona como en otros formatos más recientes. (Uno puede imaginar fácil y erróneamente que las biografías monumentales de Holroyd no se plantearon dilemas de montaje). Ahora, con relación a los trayectos, se podría pensar la biografía como la novela sobria, neutra (con su fotonovela paralela) de cómo alguien se convierte en quien ya es, o cómo se convierte en el espejismo que proyectaba: una línea que va de A a A, si entendemos trayectoria —para una vida— en el sentido en que Paul Klee dice, sobre un dibujo, que es como sacar a pasear una línea.

V.

Es notable, si lo pensamos, que alguien sea capaz de crearse una vida con la literatura. Los ripiosos y accidentados viajes de ciertos autores suenan a variaciones sobre el dictamen del poeta Yeats: elegir entre la perfección de la vida o la perfección de la obra. En esos casos, una vida imperfecta pudo dar como resultado una obra perfecta (que no es necesariamente su obra, sino justamente su biografía).

VI.

Se tiende a creer, automáticamente, que no existe el suspenso en una biografía, pero esta puede ofrecerlo y no solo dentro del libro. Cuando es brillante, logra suspender la creencia de que el biografiado está muerto (no convendría posar tan alegremente de positivista ante el efecto espiritista de una biografía). Y, como lo sabe cualquiera que se haya embarcado en una empresa tal, el suspenso de una biografía se da por fuera, en la investigación, en la relación con los herederos, en la accesibilidad o inaccesibilidad de un archivo.

VII.

De antemano, ni la ficción ni la biografía tienen perímetro establecido, pero los alcances y límites de la ficción son más borrosos y suelen ir desplazándose (así funciona su máquina) y salvo en la novela histórica o social, no puede resguardarse en la mera información. Por eso es más difícil ser mal biógrafo (aunque no deja de ser fácil ser mal biógrafo, como es fácil ser mal escritor en general). No obstante, un biógrafo malo, al contrario que un mal novelista, se deja leer, porque el lector —en gratitud por un buen puñado de datos— es capaz de perdonarle torpezas de estilo y atropello narrativo.

VIII.

Por momentos, una biografía abre la fantasía del lector con más fuerza que una novela; incluso una biografía exhaustiva está plagada de lagunas, de blancos en los que el lector es invitado a raptos de ensoñación. (El biógrafo debe interpretar los silencios del biografiado, sobre todo si son largos). Es cierto que potencia literaria no es igual que potencia novelesca y que una biografía utiliza solo algunos recursos novelescos, pero una biografía sí puede producir, claramente, efectos novelescos. Dadas las mejores condiciones, las intrínsecas y las exteriores, un biógrafo puede ser el narrador ideal. Y hay que admitir que ciertos pasajes de más de

una biografía hacen llorar como pocas novelas buenas lo logran (y más novelas malas).

IX.

A menudo, al terminar una biografía el lector se encuentra en el mismo lugar que el biógrafo antes de empezar: sólo tiene —retiene— retazos. Nadie puede memorizar ni siquiera pasajes de una vida como si fueran poemas. Es el estilo de un biógrafo extraordinario —Michael Holroyd, Richard Holmes— el que cubre los blancos, las lagunas, de una vida. El biógrafo rara vez es invisible, porque su estilo —así sea el más neutro— y su posicionamiento están a la vista en cada línea. Y es el estilo el que roza la primera cláusula y el confin último de la biografía: el pudor (que no es sinónimo de aprensión). Cuando una interpretación se convierte en una denuncia —buscar revelar quién era tal persona real en tal cuento de Ocampo o en tal narración de Sebald— mancha al pasar la impronta biográfica. (Se puede pensar, también, que cuando el modo es tan delicado y sutil como el de un Holroyd —para con la homosexualidad de Lytton Strachey— casi no hay cosa que no se pueda contar).

X.

A una vida como la de Silvina Ocampo, que hizo todo para transformarla en literatura, es inútil embarcarla en una biografía que busque dar vuelta el tapiz, y deshacer los puntos, uno por uno, descryptar lo que otro se desvivió para que quedara plantado en un jardín ambivalente. Esos desplantes ponen de relieve lo seductoras que son las vidas replegadas porque no han dejado una traducción de sus días a la ficción. Allí aparece otra figura de biógrafo, como corrector de una reputación, apoderado de un renombre o redentor amateur (Aira con relación a Pizarnik).

XI.

Cuando en una ocasión la ensayista Nora Avaro anotó «pero Ma-sotta no estaba disponible para las sutilezas de los demás, sino para las propias» está definiendo, por oposición, la profesión de crítico y de biógrafo, dos oficios en los que no se es nada si uno no está disponible para las sutilezas de los demás. Como sea, es curioso notar que una persona que decidió hacer ficción con su vida y una que no, se enfrentaron a las mismas dos alternativas: pasarse la vida perfeccionando una definición de sí misma (coloreando un autorretrato), o bien pasarse la vida borronéandola.

Índice

Lealtades divididas: la constelación Borges

- 11 Nunca una vida sola: Borges, Mastronardi, Bioy Casares
- 21 La biblioteca de Arturo Capdevila
- 25 El sótano de la calle Carlos Calvo
- 29 La letra y la voz
- 35 Aproximaciones sucesivas a las dos caras de Wilcock
- 41 Wilcock, poeta bífido
- 45 Bioy Casares retrata a Wilcock
- 55 Momento de ser norahístas

Cruces e indagaciones

- 65 La perfección de la vida. Una visita a Michael Holroyd
- 77 En el escritorio de P.N. Furbank
- 81 Richard Ellmann y las amistades improbables
- 83 Tiempos suplementarios para Kafka.
Una entrevista con Reiner Stach
- 91 La verdadera vida de Vladimir Nabokov.
Un intercambio con Brian Boyd
- 95 Traductor de su padre: Dmitri Nabokov (1934-2012)
- 97 Figuras elusivas en su tapiz: Andrew O'Hagan

El triángulo biográfico

- 107 Notas al vuelo sobre biografía
- 113 Cuatro retratos fraternales
- 117 Sebald, excursionista desubicado

- 121 Janet Malcolm y la amortiguación de los divanes
127 La ficción de un retrato: Alberto Giacometti,
Celia Paul y Paula Rego

La intimidad posible

- 133 Martin Amis ante su espejo de bolsillo
137 Cómo retratar a una maestra y amiga
141 Knausgaard, el autor de sus días
147 Variaciones Wittgenstein. El arte de apuntar
159 Brazadas de un diarista: Al Alvarez
161 Max Frisch, proyectista de tiempo completo
165 Donoso: la profesión de la intimidad

Duelistas de cuidado

- 173 Fernando Vallejo, el biógrafo litigante
177 Ambición de perpetuidad: Octavio Paz
181 Pablo de Rokha y la invectiva metódica
185 Las cenizas ardientes de Pasolini
187 Sacks, neurólogo inaudito

Travesías y viáticos

- 193 Vida de filósofo: Jacques Derrida
199 Vida de crítico: Roland Barthes
203 Vida de compositor: Maurice Ravel
205 Vida de editor: Jérôme Lindon
209 Vida de pianista: Martha Argerich
213 Arnaldo Calveyra en dos tiempos
217 Cómo mantenerse joven: Rimbaud